



Whiplash: sin destreza, acabas en un grupo de rock

Por RODRIGO R. RUIZ

Los sonidos de una batería siempre han ejercido un extraño magnetismo en mi persona, y muchos la consideran un instrumento demasiado ruidoso, caótico y secundario. Nada más lejos de la realidad: es el pilar, el ritmo, el centro del mundo en un escenario, y *Whiplash* (Damien Chazelle, 2014), arrolla al espectador con un intenso redoble de maestría y virtuosismo para decirnos que la batería es una verdadera incomprendida. Su profundidad, ilimitada, es fruto de una dedicación sangrante y solitaria. Así pues, la película da comienzo con un redoble urgente de tambores. Solo son necesarios cuarenta y cinco segundos al inicio de la película para darnos cuenta de todo lo que se nos viene encima. En la explosión final de ese mismo redoble, y en lo que puede ser considerado como la típica historia de superación calvinista —el sueño americano, la pesadilla de los

músicos frustrados—, se nos presenta a Andrew Nieman (Miles Teller), un joven y ambicioso baterista de jazz que sueña con igualar a sus ídolos, aquellos míticos como Jo Jones o Charlie Parker, y formar parte de lo que él llama “los grandes”. Estudiante de una de las escuelas de música más prestigiosas del país, sus esfuerzos por alcanzar la cima empiezan a ser encauzados por el atroz e implacable Terrence Fletcher (J.K. Simmons), un rígido y axiomático de profesor de música—con esos aires fascistoides ya tan tratados por el sargento de artillería Hartman de *La chaqueta metálica* (Stanley Kubrick, 1987), Clint Eastwood en *El sargento de hierro* (C.E., 1986) o Clancy Brown en *Las brigadas del espacio* (Paul Verhoeven, 1997) y *Cadena perpetua* (Frank Darabont, 1994)—, tras ser seleccionado por él mismo para formar parte de su orquesta. Fletcher, en la búsqueda de un nuevo prodigio, pisotea esperanzas y frustraciones por igual mediante militares y degradantes métodos, poniendo en peligro la integridad, el talento e incluso la salud de Andrew.

Es aquí, en este punto, cuando el tópico de “el fin justifica los medios” se plantea. Ante la suprema exigencia de Fletcher —para el cual las dos palabras más funestas de la historia de la humanidad son “buen trabajo”— el joven protagonista acaba por exigirse todavía más a sí mismo de lo que el propio Fletcher concibe, no con el mero objetivo de demostrarle su talento, sino por la más absoluta derrota de su maestro. Como si el virtuosismo no naciera de la práctica, sino del reto.

Magistral papel de Simmons como principal antagonista de esta historia, cuya dirección y habilidosa consecución de planos a ritmo de jazz consiguen escenas vibrantes y de una tensión impredecible que hacen de *Whiplash* un absoluto desmarque del género musical, llevándolo al mismo



suspense. Teller y Simmons, ambos eternos secundarios hasta el momento, ejercen sus papeles brillantemente, y sin desmerecer a Teller, el veterano Simmons encarna el perfecto villano, el que está a ambos lados, el que ofrece y el que da, un “monstruo” muy humano, cautivador y planteado no como un antihéroe, sino alguien con otro punto de vista. Sin embargo, la película despierta mis sospechas acerca del papel ejercido por el joven Nieman. Quizá sea la casualidad el que se trate de un joven estudiante blanco y adinerado, y siendo el jazz un género propiamente negro, hay momentos en los que uno desea que la esencia se acerque más a lo característico, aunque uno comienza a pensar en aquellos guitarristas coreanos o pianistas chinos y abandona toda esperanza. A pesar de ello, resulta inevitable sentirse orgulloso del joven Nieman y tal vez sea eso lo que más me inquiete del film. A veces, como espectador, entreveo cierta intimidación en la película hacia los jóvenes de hoy. Quizás se deba a mi propia juventud, pero la exigencia del mundo actual, el “todo está inventado ya”, las pocas esperanzas que se depositan en nosotros, así como las que nosotros tenemos con respecto al futuro, destruyen integridades e identidades hasta la saciedad.

La historia de esta lucha por alcanzar la cima difiere en el inquietante sentido de la misma superación, y en cierto modo consigue romper con su tradicional visión protestante del “si trabajas, lo consigues”, en una tempestad

de imágenes de una sociedad en el que el mérito ya no es, sino que se desborda, y en sacrificio a la integridad de uno mismo por una habilidad mayor, la música ya no es música. ¿Podría ser entonces un inquietante retrato de la obsesión? ¿O es tal vez una loa a la entrega, al sobreesfuerzo, al límite de las capacidades de uno mismo? Como bien se lee el póster de Andrew en su habitación *If you don't have ability, you end up playing in a rock band*. Quizá, al fin y al cabo, se trate de una epopeya que, sin denuncia ni reclamo a la cultura de la ambición, del todo o nada, exija un sonoro aplauso al final del redoble. Así como la batería es cimiento de todo buen grupo, la banda sonora es eje de toda buena película (o casi todas), y aquí se sustenta en torno a esa magnética batería, que, con prodigiosa habilidad, subraya la dedicación, el sudor y el sacrificio que le merecen.

Y es que al final del film merece un estruendoso aplauso, y así, como tras un memorable concierto, lo sentí.

T.O.: *Whiplash*. **Producción:** Sony Pictures Classics/Blumhouse Productions / Bold Films / Exile Entertainment/Right of Way Films (USA, 2014). **Productores:** Jason Blum, Helen Estabrook, David Lancaster y Michel Litvak. **Director:** Damien Chazelle. **Guión:** Damien Chazelle. **Fotografía:** Sharone Meir. **Música:** Justin Hurwitz. **Montaje:** Tom Cross. **Intérpretes:** Miles Teller (Andrew Nieman), J.K. Simmons (Terrence Fletcher), Paul Reiser (Jim Neiman), Melissa Benoist (Nicole). **Color** – 107 min. **Estreno en España:** 16 enero 2015.